

En los escombros y cenizas, solo quedaba yo y una carta sobre una mesa polvorienta,  
sin sello ni remitente.

Al desdoblarla, aún guardaba palabras ardientes que no terminaron de consumirse.  
Y por las paredes sigo viendo tu sombra, Silvia; será porque me volví loco.

Y si andar por el bosque y gritar tu nombre sirviera para olvidarte,  
obviamente,  
nunca lo haría,  
y juraría que fuera por vergüenza,  
por dignidad y esperanza.  
Pero mentiría:  
a ti, a mí,  
y a ambos corazones heridos y amargos.

Porque la verdad nunca saldrá  
sin quemar otra vez las cortinas de este hogar sin techo,  
aquel mismo donde aún sigue reposando tu vestido de tela.

Porque yo te deseo, amor.  
Anhelo tu mirada y el brillo de tus ojos,  
el ardor de tu voz, el contratiempo de tus suspiros.

Y es que nunca jamás, bajo ningún concepto,  
quisiera yo olvidar,  
las cenizas de este amor.